

EL DESPERTAR A LA ORACIÓN EN NIÑOS DE 3-6 AÑOS

M^a NIEVES COGOLLUDO, O.SS.R.
Monasterio de Cristo Redentor
Madrid

Somos una Comunidad de la Orden del Santísimo Redentor (MM. Redentoristas) que está en un monasterio situado en Carabanchel, un barrio de Madrid. Aunque somos contemplativas y nuestro principal ministerio en la Iglesia es la oración, respondiendo a la llamada que la misma Iglesia nos hace a que nuestros monasterios sean centros de acogida y oración, acompañamos a quienes lo desean en encuentros de oración y diferentes "talleres": adultos, jóvenes y niños, que es en lo que ahora me voy a centrar.

Resulta muy curioso que a un monasterio de monjas contemplativas acuda un grupo de niños para orar. Aquí no vienen buscando excursiones, ni teatros, ni manualidades... Los "pequeños" que aquí se acercan saben que vienen a orar. Pero... ¿cómo surgió el grupo?

Sabemos que los caminos de Dios no son nuestros caminos, y que cuando el Espíritu sopla, "nadie sabe de dónde viene ni a dónde va", pero ciertamente hace brotar la vida, y vida en abundancia. Debí de ser un "capricho" del Espíritu que en Carabanchel hubiera un pequeño cenáculo en el que los niños, a quien tanto ama Jesús ("Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis...") hicieran también la experiencia de su amor y desde su pequeñez fueran también testigos de la Buena Nueva. Porque algo muy especial han tenido que encontrar Laura, María, Álvaro, Ramón... cuando comenzaron a venir, con sus siete años, un mes y otro mes; cuando eran capaces de dejar el fútbol, los juegos y el levantarse un poco antes el sábado por la mañana, y además... insistir para que pudieran también participar sus hermanitos... ¡de tres años!

Aquellos "hermanitos" de tres años que hoy tienen ocho... ¡y siguen viniendo! Y es que la persona de Jesús fascina, y es que, además de la catequesis, además de "aprender" en el colegio cosas sobre Jesús... estos niños han aprendido a "saborearle" en la oración. Porque como dice S. Ignacio de Loyola: "No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el gustar internamente las cosas de Dios".

Hace unos años comenzaron a venir dos o tres niños al monasterio: "Hermana, que si me da un vaso de agua"; "Hermana, que si podemos ir a la capilla a rezar"... Y cuando la hermana se daba una vuelta por la capilla, los niños correteaban de un lado para otro... aunque algo también rezaban.

Entonces en la comunidad nació una idea: ¿Por qué no canalizar esa oración? Tal vez los niños rezaban alguna oración aprendida y luego se aburrían porque nadie les había enseñado a entablar un diálogo con el Señor, a crecer en la amistad con él, a estar simplemente en su presencia.

Y así surgió el grupo: dos, tres, cuatro niños se reúnan una vez al mes con una hermana para orar. Varias hermanas han pasado ya por este ministerio de acompañar a los niños en la oración, y el grupo ha ido creciendo en número, en edad y en profundidad, por lo que el curso pasado se tuvo que dividir en dos: los pequeños, a partir de tres años, llamados los *Amigos de Jesús*, y los que ya son un poco mayores, casi ya adolescentes, los *Discípulos de Jesús*; son niveles distintos, con objetivos y dinámicas diferentes.

Ahora vamos a compartir con vosotros cómo llevamos a cabo esta tarea de ayudar al niño a encontrarse con Dios en la oración. Puesto que ésta no pretende ser una exposición teórica, ya la hay mucha y muy buena, no voy a hablar sobre cómo llevar a cabo una catequesis, un grupo de oración o de iniciación en la fe. Tampoco os daré una lista de recetas para tener a punto los ingredientes, mezclarlos adecuadamente para que salga el "experimento". No voy a hablar desde los libros, sino desde la experiencia, que es mucho más sencillo y, tal vez en este caso, más iluminador.

Hablo desde la convicción profunda de que el Señor se sirve de mediaciones, utiliza "instrumentos" para llevar a cabo su obra, la obra de extender el Reino de Dios... también entre los niños.

Reflexionando sobre mi propia experiencia, primero como profesora cristiana de educación infantil y primaria antes de ser redentorista, como catequista preparando niños para la primera comunión, y posteriormente

acompañando la oración con niños en el monasterio, he sacado algunos elementos o pistas, que quizá os puedan servir. Y lo haré acompañando la reflexión con algunos ejemplos.

Para "provocar" el despertar religioso del niño, es esencial crear un ambiente; un "medio" en el que se pueda descubrir la Presencia. Es impresionante la apertura del corazón del niño a Dios; la capacidad de "ponerse en contacto" con él. Tan sólo hay que ayudarle a captar, a percibir al Resucitado en su vida. Por ejemplo: en mi clase, *se respiraba a Dios*. No hacía falta esperar a la hora de religión para que Dios se hiciese presente. Era algo natural. Recuerdo un día, que fuimos al zoo y vimos las focas y los delfines... ante tal maravilla, faltó tiempo para alabar al Señor y darle gracias por las focas y delfines..." ¡Son de Dios! ¿Verdad 'seño'?" Teníamos la costumbre de rezar por la mañana, antes de terminar las clases, pero no rutinariamente, ni "ventilando" la oración con un Ave María rápido, sino en *diálogo con Jesús*. Me parecía importante que los niños pudieran hablarle desde el corazón. Recuerdo que una vez un pequeño dio gracias a Jesús por las piedras...

Es necesario que el niño perciba que su monitor/a vive realmente *apasionado por Jesucristo*, que, convencido de que ha encontrado el "Tesoro", desea conducir a otros hacia él, en este caso a ellos; alguien para quien la persona de Jesús y su mensaje, el evangelio, ocupan un puesto central en su vida, y no habla "de memoria", de lo que ha leído, sino de su *profunda experiencia de Dios*. Y ellos captan rápidamente cuándo se les "está soltando un rollo" y cuándo se les habla desde el corazón.

Me parece importante también que el niño vea *actitudes cristianas* en quienes le transmiten el mensaje del evangelio o le intentan iniciar en la oración.

Estábamos en clase, los niños hacían una copia. María no dejaba de sacar punta a su lápiz que se le rompía una y otra vez. (Era un lápiz bastante malo.) Ella, sin protestar, sacaba punta afanosamente, aunque claro, no avanzaba nada en el trabajo. Me di cuenta y le dije: "Toma el mío". Y me senté a seguir trabajando. Ella miraba el lápiz, me miraba a mí con cara de asombro, pues era el lápiz de la señorita. Pensé: esto es un buen testimonio para ella: la señorita reza, la señorita es amiga de Dios, la señorita comparte su lápiz conmigo...

¿Veis lo que quiero decir? Creo que este pequeño gesto sirvió más que todos los discursos sobre el compartir que les pudiera haber contado. De aquí brotan unas reflexiones que me parecen muy importantes para cada monitor/a:

— ¿Es Dios, Jesús, realmente importante en tu vida? ¿Su amor te "quema" dentro y necesitas transmitirlo a otros? ¿Eres consciente de que has encontrado el Tesoro escondido, de que se te ha regalado la Perla y no tienes derecho a quedártela, sino a "dar gratis lo que gratis has recibido"?

Lo esencial de verdad es que *el niño se encuentre personalmente con Dios*, pero con nuestro *Dios encarnado en la persona de Jesús*. Es del todo necesario transmitir el mensaje de la resurrección. Que el niño pueda captar que *Jesús vive hoy*, que es su amigo y puede tener con él una *relación personal*, de tú a tú. Ayudarle a descubrir que Dios ve en su corazón, porque el Espíritu también habita el corazón del niño; que vive en el sagrario, no olvidemos la presencia real de Cristo resucitado en la eucaristía, que es su "casita" y allí le espera para hablar con él. Esta es la base para una iniciación en la oración, una oración personal, de diálogo con el Señor, más allá del aprendizaje de oraciones vocales.

Que el niño vaya descubriendo el amor de Jesús en la *eucaristía*. Si no ha hecho la primera comunión, esto le puede servir de catequesis. Si por el contrario es un poco más mayor y ya la ha hecho, se puede provocar el deseo de comulgar, de estar con Jesús y hablarle cuando le tiene dentro. Es una gran motivación para que asistan a la celebración dominical movidos por el compromiso que adquieren de cultivar la amistad con el Señor, en lugar de que sea la rutina o la obligación la que les lleve a cumplir normas que un día se "saltarán" porque carecen de sentido en sus vidas.

Entonces el monitor/a ha de preguntarse sinceramente ante Dios, cómo va su vida de oración, si dedica tiempo concreto cada día a estar con el Señor... ¿Cómo pedir al niño que haga oración si quien se lo pide no ora? ¿Cómo decirle que es importante el trato con Jesús si ni él mismo se lo cree? Y el niño esto lo capta. También es un buen testimonio orar junto a ellos. Que el niño vea orar a quien pretende iniciarle en este camino: el modo de entrar en la capilla, de estar, la postura... todo eso lo imita y lo asimila, necesita un modelo de referencia; si ve dispersión, indiferencia etc., el pequeño también hará lo mismo.

Otro tema de reflexión para el acompañante en la oración es la eucaristía. Se puede preguntar: ¿Es el centro de mi vida? ¿Con cuánta frecuencia asisto? ¿Voy por "cumplir" o se va haciendo una necesidad en mí? ¿Participo activamente en ella (cantos, atención a la Palabra y, sobre todo, ofrecimiento de mi vida junto al Señor)? Y ¿cómo es mi testimonio en la eucaristía ante el niño? ¿Me ve recogido, centrado en lo que estoy celebrando, o despistado? ¿Y después de comulgar? ¿Percibe en mí una actitud de oración o por el contrario me ve disperso, distraído, mirando el reloj con ganas de que aquello acabe? Todo esto es esencial, el niño no se cree que la presencia de Jesús en la eucaristía es real, que la celebración es una fiesta importante, si no ve coherencia con la vida.

Los Hechos de los Apóstoles narran cómo los primeros discípulos del Señor oraban junto a la madre de Jesús.

Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos (Hch 1,14).

✠

En las primeras comunidades cristianas tenemos un modelo de oración: en comunidad, y junto a María. Es muy importante iniciar en la *relación con María*. Y en los niños es tal vez más fácil, ya que tienen una especial ternura hacia la figura materna y con espontaneidad se dirigen a ella como a su mamá, que se sientan a gusto con María, que descubran que les cuida como una madre hace con sus hijos, que les ayuda, que les lleva a Jesús, que es alguien a quien se le puede contar todo... Puede ser una idea terminar el momento de oración dirigiéndonos a María con un canto, una plegaria sencilla...

¿Y los *contenidos* de la oración? A veces se pueden confundir con los medios, o incluso dar más importancia a éstos: murales, símbolos, velitas... serán siempre medios que ayudarán a conseguir el fin: que el niño se ponga en contacto con Dios, que tome gusto por la oración... y, al mismo tiempo, que sea capaz de orar también cuando está solo, cuando no asiste al grupo en el que los medios pueden facilitarles el encuentro.

Los *medios*, de los que hablaré más adelante, nos ayudan, es cuestión de elegirlos y utilizarlos adecuadamente; pero no los olvidemos: son solamente medios. El niño ya hace murales en el colegio y en otro tipo de grupos. Cuando asiste a un grupo de oración, desea que le hablen de Dios y que le ayuden a hablar con Dios. Tengo la experiencia de que cuando se les habla de Dios desde el corazón, al contarles por ejemplo una

parábola del evangelio, la oveja perdida... o al contarles el nacimiento de Jesús o la pasión, el niño no pestañea. Y de ahí es muy fácil que en él se despierten sentimientos y actitudes de adoración, alabanza y acción de gracias. Esto ya es oración. Y es que su corazón está hecho para Dios, y el tema le fascina. Ahora, tiene que notar que es algo también importante en la vida del monitor, que a él también le fascina.

En los *primeros años de vida*, el niño percibe la revelación del amor de Dios a través del amor y afecto que le rodea, de la experiencia de sentirse querido en su familia. Si se siente seguro, rodeado de ternura, se predispone para acoger el amor, la ternura de Dios. Sus padres son los primeros educadores en la fe. De ellos aprende a dar gracias a Dios y las actitudes cristianas básicas: el perdón, el compartir...

Los objetivos de esta primera *iniciación cristiana* son: 1) que el niño perciba la cercanía de Dios; 2) que empiece a expresar su propia experiencia religiosa.

Sin embargo, no podemos olvidar que el momento que vivimos padece una crisis de familia, y concretamente de familia cristiana. Cada vez sube más el índice de niños sin bautizar, y es difícil que en su casa vean rezar a sus padres, o que éstos les introduzcan en la práctica religiosa. Y, curiosamente, estos niños están matriculados en colegios religiosos y participan a veces en grupos de oración animados por otros niños. Es entonces el momento en que educadores y agentes de pastoral realicen la tarea de la iniciación cristiana y acompañen el despertar religioso en los primeros años de la vida del niño. Todo un reto para la Iglesia el realizar la nueva evangelización que el Papa nos pide con nuevos métodos y, sobre todo, nuevo ardor para llevar el mensaje.

Es imprescindible hablar de la *formación*. No basta el deseo o la buena voluntad; quienes dedican su tiempo a ayudar a los niños a orar, deben preocuparse por recibir una formación adecuada. Tal vez conocer desde la psicología las características propias de la edad de los niños que acompaña, desde la pedagogía adquirir unos conocimientos sobre la didáctica, es decir, sobre cómo transmitir el mensaje para que sea comprendido; el evangelio es el mismo, pero no se le puede hablar del mismo modo a un niño de cinco años que a otro de once. Es importante ir captando el proceso evolutivo, y sin quemar etapas, no estancarse, estar atento a sus interrogantes, sus búsquedas... intentando asegurar el proceso de maduración en la fe en las distintas etapas de crecimiento.

Una *formación integral en la fe y en la oración*, acompañado de una profunda experiencia religiosa. Experiencia del amor incondicional de Dios, experiencia de encuentro con él, que como a los discípulos de Emaús hace arder el corazón y no se puede por menos que salir apresuradamente a transmitir el gozo de que Jesucristo ha resucitado, vive hoy y nos invita a una relación personal con él.

Además de la teoría... el *testimonio de vida*. Revisar el compromiso como cristiano, el compromiso con el grupo de niños a quienes se acompaña... que se den cuenta de que ellos son importantes, que orar juntos es importante, por eso no se falta por cualquier motivo a la cita. Revisar el seguimiento de Jesús, si la escala de valores se va ajustando al evangelio... y la alegría. Que el ambiente en el grupo sea gozoso, que el niño descubra que ser amigo de Jesús, poder compartir con él, es fuente de alegría.

Que los niños se sientan queridos, que perciban que quien les acompaña está a gusto con ellos, que ellos mismos son un regalo, que están allí porque quieren conocer más a Jesús por dentro, y para eso vamos a hablar con él en la oración... entonces normalmente no va a hacer falta enfadarse, regañar... Si alguno un día interrumpe el grupo con su comportamiento, al terminar se puede hablar con él con paz, tranquilamente, mostrándole cariño, no desde la autoridad y el enfado. Que los niños estén deseando asistir al grupo y que puedan ver en el monitor el rostro de Jesús bueno, alegre... que merece la pena, que ser amigo de Jesús hace feliz.

Orar por los niños. Presentarle al Señor cada rostro, con su pequeña historia, presentárselos para que sea su Espíritu quien les enseñe a orar, para que "no se pierda ni uno de los que me has dado" (Jn 17,11).

Paso a compartir cómo llevamos el *grupo de oración con niños en el monasterio*. Nos reunimos un sábado al mes por la mañana y después de la acogida entramos en un pequeño oratorio donde tendrá lugar la oración. Los niños ya saben que entonces es momento de silencio, porque para escuchar a Jesús no podemos estar al mismo tiempo escuchando a los demás, o jugando... ahora vamos a dedicar un rato sólo a él, y por eso es preciso hacer silencio. El niño distingue el momento de la catequesis del momento de la oración. Aquí no sólo se habla de Dios, sino que aquí vamos a hablar con Dios y a escucharle. La madre de una niña que asiste todos los meses al grupo nos decía: "A María Jesús le encanta participar en la oración; ella dice: 'Mamá, a mí me gustó ir al monasterio porque

allí hablo con Dios'. Y añadió: 'En el colegio me hablan de Dios, pero aquí hablo con él'..."

Comenzamos la oración con una *música* de fondo que ayuda al niño a recogerse, a pacificar su interior, a hacer silencio en el corazón. La hermana que acompaña el grupo, colocada entre ellos, como una más, comienza a orar en voz alta, despacio, para que los niños vayan interiorizando la oración: una oración espontánea, un comenzar en la presencia del Señor, por ejemplo: "Jesús, aquí estamos un día más contigo, sabemos que estás aquí, con nosotros, que estás en lo más profundo de nuestro corazón, te sentimos, sabemos que estás escondido en tu casita del sagraio, y que nos estabas esperando... sabemos que siempre nos estás regalando tu amor, que quieres que seamos tus amigos, y por eso venimos, para conocerte mejor, y también para contarte nuestras cosas, como se las contamos a nuestros amigos en el 'cole', en el barrio..."

Para comenzar la oración les invitamos a tener una *postura* adecuada: en un cojín, procurando que hayan dejado fuera todo aquello que tuvieran en las manos y les pudiera distraer: un bolígrafo, un llavero, una pelota... y que se encuentren cómodos para moverse lo menos posible. Y comienza la oración.

La oración está centrada en la *Palabra*, especialmente el *evangelio*, procurando siempre adaptar el lenguaje a la psicología del niño, seguida de un breve momento de *silencio y reconstrucción entre todos de lo leído*, intercalando algún *canto* apropiado y un tiempo de silencio que será más o menos largo dependiendo de la edad de los niños, de su momento, etc. A veces les damos papel y lápices para que en ese momento le expresen a Jesús su oración, o lo que les ha dicho el texto escribiendo una carta a Jesús, y si son muy pequeños y no saben escribir, lo hacen mediante un dibujo.

Y así llegamos al momento de *compartir la oración*. En niños de esta edad suele ocurrir que desean hablar todos a la vez, y se corre el riesgo de que se rompa el ambiente oracional. Por ello, la hermana va pronunciando muy despacio, con una música de fondo muy bajito el nombre de cada uno para que comparta en un clima de serenidad. Esto va creando hábito en ellos, de modo que, años después, ellos mismos van compartiendo sin que se les llame, de forma espontánea y desde el silencio. El objetivo está cumplido: han comprendido que no estamos debatiendo un tema, opinando sobre una idea... estamos compartiendo la oración.

Un día, en la oración habían escuchado la parábola del grano de mostaza. La hermana que les acompañaba les dijo que cada uno de ellos era "tierra buena" en la que Jesús había "sembrado" la semilla de su amor, y que este amor iba creciendo con ellos. Al llegar el momento de interiorizar la parábola, Laura se puso ante una imagen de Jesús en actitud de oración. En el momento de compartir, expresó: "Le he preguntado a Jesús que cuándo ha sembrado esa semilla en mí, y él me ha contestado que desde que nací". Y Laura tan sólo tiene seis años...

En este momento la *creatividad* juega un papel importante. Un día el compartir puede ser, como antes decía, leer la carta escrita o explicar qué significa el dibujo que ha hecho; otro día será pegar una estrella de colores encima del "Nacimiento" que está ya colocado, y al ponerla decir algo a Jesús que nace en Belén; o hacer una petición, o dar gracias en voz alta... o simplemente adorar. Aún recuerdo estremecida cómo en una oración que tuvimos sobre la Pasión del Señor los niños adoraban la cruz y daban un beso al crucificado. El silencio y la "seriedad" del momento era impresionante. Y había en el grupo dos niñas de ¡tres años!

Cada mes se reparte una hojita con una especie de *resumen del tema* que hemosorado, con dibujos, algún canto, etc. Y en casa se van haciendo su propio *cuaderno de oración*. Los que son un poco mayores escriben lo que más les ha gustado de la oración, la frase del evangelio que más les ha llamado la atención, etc. Y al final de curso traen todos el cuaderno y hacemos entre todos un pequeño resumen del año. Os cuento una anécdota que me hizo pensar.

Era un sábado por la mañana y nos habíamos reunido para orar. Estábamos de obras en el monasterio y habían venido los albañiles, que debían trabajar cerca de la capilla, y se oían claramente los golpes. Cuando llegó el momento de compartir, ningún niño decía nada. Cuando les pregunté si Jesús hoy no les había dicho nada, una niña contestó: "¿Sabes? es que había tanto ruido que yo no me he podido concentrar". Y otros añadieron: "Yo tampoco", "yo tampoco". En seguida me di cuenta de que aquél era un momento privilegiado para ayudarles a valorar el silencio. Para llegar al silencio interior del corazón era importante que el ambiente exterior nos ayudara, y el silencio exterior un elemento importante. Todos comprendieron.

Cuando al terminar el curso llevaron sus cuadernos de oración, cuál sería mi sorpresa al escuchar la siguiente intervención: "Hoy en la oración no he podido centrarme, pues en el monasterio estaban los albañiles y

había mucho ruido. He descubierto que es necesario el silencio para poder hablar y sobre todo escuchar a Jesús". Es bonito constatar cómo fue ella la que hizo la experiencia. Es verdad que muchas veces habíamos hablado de esto, pero ahora ella lo había vivido.

Un factor importante a tener en cuenta es el *lugar* donde se va a llevar a cabo la oración. Nosotras la hacemos en un pequeño oratorio, ante el sagrario, Presencia viva de Jesús. Ponemos en el suelo cojines y banquitos que ayuden a adoptar una postura correcta; un icono de María y algún símbolo relacionado con el tema del día, una Biblia abierta, un mural, velitas, etc.

Y terminamos cantando, y nos despedimos hasta el próximo mes. Algún día encontré a Nuria, de cinco años, en la calle y me preguntó: "¿Cuándo 'toca' convento?" Es realmente alentador y merece la pena ayudar a que se cumpla el deseo de Jesús: "Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis..." (Mc 10,2-14).